

ILUSTRACION ARTISTICA



AÑO III BARCELONA 31 DE MARZO DE 1884 NÚM. 118

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—RECUERDOS DE LA SEMANA SANTA EN SEVILLA, por don Benito Mas y Prat.—LA CAVERNA DE LA MUERTE (*continuacion*), por don F. Moreno Godino.—ARQUEOLOGIA HISPANO-MAHOMETANA, por don Rodrigo Amador de los Rios.

GRABADOS.—EL HIJO DE CHILPERICO, cuadro por Alberto Maignan.—LA CANCION DEL DIA, cuadro por Fausto Zonaro.—EL

PRIMER FRUTO DE BENDICION, cuadro por Fausto Zonaro.—LO-RELEI, estatua por Roberto Caner.—EL CONDE TEODORO DU MONCEL (notable electricista).—LOS TRAMOSOS, cuadro por Meyerheim.

NUESTROS GRABADOS

EL HIJO DE CHILPERICO, cuadro por Maignan

El autor de este lienzo es uno de los autores franceses que con mayor aliento y éxito cultivan el difícil género

histórico. La escena que representa ese hermoso cuadro se remonta al tiempo de los merovingios.

Chilperico I, que reinó en la segunda mitad del siglo vi, habia repudiado á Odevaria para casarse con Fredegunda, de la cual tuvo un hijo varon, destinado á sucederle en el trono. Dios castigó en el mancebo la falta de sus padres: rendido por mortal dolencia, perdióse toda esperanza en la ciencia de los hombres, bien limitada por cierto en aquellos rudos tiempos; y entónces nada mejor idearon



EL HIJO DE CHILPERICO, cuadro por Alberto Maignan

sus afligidos padres que hacerle colocar en una parihuela y dejarle en contacto con el sepulcro de San Medardo. Pero el cielo se negó a obrar un milagro y el infante empezó a agonizar apenas fué introducido en la oscura cripta que guardaba los restos del santo obispo.

Tal es la escena que Maignan ha reproducido con envidiable talento. La disposición general no puede ser más acertada. En detalle, no cabe expresar con mayor verdad el reconcentrado dolor del padre, el dolor físico del hijo, la desesperación de la madre y su postrera esperanza en un poder sobrenatural. La impresión que causa el lienzo es profunda: de él podría decirse que huele a muerto.

LA CANCIÓN DEL DÍA, cuadro por F. Zonaro

Los hijos del pueblo son por naturaleza poetas y cantores. Ellos han sido los autores anónimos de un sin fin de grandes pensamientos versificados correctamente sin saber lo que es metro, ni pié ni acento; como se han encargado también de popularizar ciertas melodías que instantáneamente pasan del teatro ó del salón á la calle, sin que se sepa qué ó quién las ha transmitido á la multitud que resulta conocerlas y entonarlas repentinamente.

Sucede con esas canciones lo que con los paraguas: nadie los lleva; pero en cuanto caen cuatro gotas no se ven más que paraguas por las calles. Vais al teatro; oís una canción que se os pega instantáneamente, que el público hace repetir con entusiasmo, que tarareáis mientras regresáis á vuestro domicilio.... Pues bien, al día siguiente, el aprendiz que indolentemente se dirige á su taller, el obrero que regresa de su fábrica, hasta la sirvienta cuya pertinacia musical es el martirio de la vecindad, se han apoderado del motivo melódico y toman por su cuenta el ponerlo en boca.

Los pilluelos del cuadro de Zonaro vagabundean por las afueras de la población entonando el aire del día: tenor y bajo á *natura*, están ejecutados con una verdad que honra seguramente á Zonaro, artista italiano, que ha encontrado esos tipos cabe la incomparable bahía de Nápoles.

EL PRIMER FRUTO DE BENDICIÓN, cuadro por Fausto Zonaro

Amáronse nuestros jóvenes esposos como la moral exige y casaron como la Iglesia ordena. En la seguridad de que no falta pan á quien ama el trabajo, ni puede desconfiar del porvenir el que ahorra poco ó mucho de su salario, han gozado de un presente tranquilo, en el interior de un hogar modesto, pero embellecido por la juventud, el amor y la esperanza. El Señor ha bendecido ese matrimonio, deparando á ese cielo conyugal el ángel que le hacía falta. Un niño robusto, bello, vivaracho, ha venido á colmar la alegría de la casa, abriendo nuevos horizontes al deseo de sus padres. ¡Con qué valor soporta el marido su mayor trabajo desde que su hijo consume una parte de su producto!... ¡Con cuánto afán economiza la mujer, ya no lo superfluo, sino hasta una porción de lo necesario, pensando en que la peseta que ahorra es la base del capital del pedazo de sus entrañas!... ¡Qué rayo de sol disiparía las tinieblas del hogar como la sonrisa de ese niño; ni qué música celestial sonaría en los oídos de esa enamorada pareja, como suena la primera palabra que balbucea el tierno infante!...

Los que satirizan el matrimonio porque nunca han comprendido la santidad del afecto de familia; los pesimistas que se empeñan en hacer de este mundo una noche tenebrosa, donde apenas brillan las onzas de oro de una que otra gaveta; comprendan que aún hay felicidad en la tierra para los esposos que llaman bendición de Dios al advenimiento del primer hijo.

LORELEI, estatua por Roberto Caner

En la mitología griega y romana la encantadora de las aguas era la sirena. A orillas del Rhin, la tradición tuvo el buen gusto de suprimir la escamosa cola al hada de las ondas. Lorelei (compuesto de Lore, nombre de la ondina, y Lei, nombre de una roca situada encima de San Goarshausen) es la mujer fantasma, de esbelto continente, cuyas delicadas formas se insinúan á través de su ligero traje y más ligero velo del color de las olas: su larga y rubia cabellera flota á merced del viento, que ora agita mansamente las aguas, ora las encrespa con estrépito. Su canto, como el de las sirenas, atrae á los hombres, y si alguno intenta resistir esa atracción, las olas le sepultan en su seno. Si, por el contrario, el pasajero se atreve á escalar las desnudas rocas en que Lorelei se muestra, ó es precipitado al abismo desde sus alturas, ó si el hada se encuentra de mejor talante, se contenta con hacer extraviar á su víctima por entre un laberinto de juncos y espadañas que le retiene durante muchos días.

Sabido quién es Lorelei, se ha de convenir en que raras veces las creaciones de la superstición popular han encontrado una forma tan poética, tan sentida, tan artística, como la que Caner ha obtenido en la estatua que reproducimos.

TEODORO DU MONCEL, notable electricista

No ha muchos meses decíamos, al ocuparnos de Siemens, que la ciencia eléctrica estaba de luto con motivo de la muerte de este distinguido ingeniero, acaecida poco después de la del célebre Breguet. ¡Cuán lejos estábamos de figurarnos que al poco tiempo había de seguirles al sepulcro otro electricista no menos aventajado que ellos, el conde Teodoro du Moncel, tan conocido en nuestra patria por sus obras sobre electricidad y telefonía! Y sin

embargo, nada más cierto por desgracia: el conde Teodoro du Moncel, cuyo retrato tenemos la satisfacción de insertar en este número como débil y justo homenaje á su laboriosidad y grandes conocimientos, falleció el 16 de febrero último.

Hijo el conde du Moncel del general de ingenieros y par de Francia del mismo título, consagróse desde sus juveniles años al estudio de las ciencias, y más especialmente al de la arqueología, sobre la cual publicó notables escritos. Sus padres, imbuidos en preocupaciones tan rancias como vanas, no llevaban á bien que el jóven se dedicara á semejantes trabajos, y juzgando neciamente que con ello degradaba su nombre, cuando lo que hacia era rodearlo del brillo de más verdadera y provechosa nobleza, exigieron de él que renunciara á sus aficiones arqueológicas para cuidar exclusivamente de su hacienda. Teodoro no pudo avenirse á las pretensiones de los suyos, y de su resistencia surgió un rompimiento con la familia, que le dejó privado de todo recurso. Obligado por esta causa á renunciar á los estudios arqueológicos que requerían gastos considerables, dedicóse du Moncel á los de la electricidad, en cuya ciencia se instruyó sin auxilio de profesor alguno. Dióse á conocer escribiendo varias series de artículos en diferentes revistas científicas, y luego emprendiendo trabajos originales, en especial sobre las corrientes de inducción, las pilas y los electro-ímanes; cabiéndole el honor del descubrimiento del efluvio eléctrico, que tantos servicios ha prestado á la química y que ha llegado á ser un agente precioso de combinación.

De 1850 á 1856 construyó más de veinticinco aparatos nuevos por los que fué premiado con medalla de primera clase en la Exposición de 1855, siendo los más notables el anemómetro eléctrico, los mensuradores eléctricos de niveles de agua, el anotador eléctrico de improvisaciones musicales, el regulador automático de temperaturas, aparatos de alumbrado eléctrico de las cavidades oscuras del cuerpo humano, sistemas de telegrafía, galvanómetro anotador, cerraduras eléctricas, etc., etc.

En 1860 fué nombrado ingeniero electricista de la Administración de Telégrafos, en 1866 oficial de la Legión de honor y en 1874 individuo libre de la Academia de ciencias. Siendo redactor en jefe del periódico *La Luz eléctrica*, ha llenado con sus escritos las páginas de esta revista, publicando al propio tiempo muchos volúmenes y folletos sobre los progresos de la electricidad, entre otros *El Teléfono*, *El alumbrado eléctrico*, *El Microfono* y el *Polígrafo*, *La Electricidad como fuerza motriz*, y otros muchos que hoy sirven de provechosa consulta para cuantos á dicha ciencia se dedican.

LOS TRAMOSOS, cuadro por Meyerheim

Este cuadro, parodia de una escena harto común entre rufianes y petardistas, es de una verdad insuperable. Si Darwin hubiese tropezado con monos de esa naturaleza, tan monos y tan dotados de expresión á un tiempo, hubiera argumentado con el ejemplo de esos cuadrumanos, que tienen todas las trazas de tres pilletes redomados. Por supuesto que el *caballo blanco*, ó sease el entrampado, no es tan lerdo como sospechan los fulleros, y es muy posible un belen de treinta mil demonios, si los demonios se curasen de tales monadas.

Dado que algunos artistas tienen el raro capricho de criticar los vicios de los hombres por medio de animales, como ya lo venía haciendo Esopo en sus fábulas, hay que conceder al autor de esos monos un estudio de ellos tan detenido y esmerado que no puedan menos de quedarle agradecidos los salvajes pobladores de los bosques de Tetuan.

RECUERDOS DE LA SEMANA SANTA EN SEVILLA

La Virgen de la Esperanza

I

Sevilla tiene particularidades que le son propias, fiestas que pasarán á proverbio, detalles que no puede conocer el viajero, sino es ya que se decida á ser sevillano, á plantar sus reales en medio de sus alamedas y de sus verjeles.

Entre estas particularidades, que trascienden poco á poco, pero que no se manifiestan en toda su plenitud al primer golpe de vista, cuéntase la de una exagerada predilección por determinadas imágenes, por ciertas advocaciones, por templos especialísimos; cosa que si pasa inadvertida para el que la ve en la santa semana, llevar ofrendas á este y aquel altar, á uno ú otro templo, es patente y fuera de duda para el que conozca la rivalidad que existe en las distintas hermandades, la emulación que reina en el adorno de *los pasos* y el antagonismo que hierve en las solemnes manifestaciones públicas.

Entrando en este campo de investigaciones, fecundo y rico de color local, advertiremos que, entre las imágenes de Jesús y de su Santa Madre, estas tienen siempre para el sevillano la primacía; por esto dijo álguien, con alto sentido y sobra de razón, que era esta tierra *la tierra de María Santísima*.

Hay un pintor á quien han hecho célebre *las Concepciones*, no hay para qué decir que es Murillo. Sería curioso investigar si él fué quien fomentó, en Sevilla, hasta llegar al delirio esa predilección por las imágenes de María, ó si el notable pintor, influido como buen sevillano por esa atmósfera de veneración, que aún no se ha disipado, halló esas delicadas y graciosas imágenes que, colocando el divino pié sobre la luna—que mengua de envidia—y dando al viento los sutiles pliegues de sus ropajes, parecen ascen-

der perpetuamente hácia los cielos rodeadas de un precioso coro de desnudos angelillos.

Las Madonnas de Rafael, más bellas acaso, producen en el ánimo una emoción distinta á la de las Concepciones sevillanas. Parece que bajo este cielo azul, que se cubre por las tardes de nubes de colores; que en estas márgenes floridas, donde la Psiquis griega ha dejado sus formas de mujer porque se encontraba fea entre tanta hermosa; en estas Hespérides, en fin, donde las manzanas de oro penden aún de los árboles, á pesar de no existir ni uno solo de los personajes de Hesiodo y de Homero, había de hallarse el supremo arquetipo de la belleza femenil, el gran ideal del pintor cristiano; la virgen en quien no se ve la carne, porque va separándose, poco á poco, de la forma, como una envoltura de niebla.

Todos los pintores que siguen la escuela vislumbrada por Giotto, hallan en una realidad más ó menos perfecta el patron de sus Vírgenes; sólo por una poderosa abstracción logramos nosotros separar á la Fornarina de los lienzos del favorito de los Médicis; con Murillo no ocurre lo propio, el modelo permanece eternamente oculto bajo aquellas formas extrahumanas. Una Concepción suya, es la mujer que no nos explicamos sentando la planta en el pavimento, áun cuando este sea de rico mosaico como el de los palacios de Itálica, ó de resplandeciente cristal, como aquellos que sustentaron á Esther en los alcázares del rey Asuero.

Rafael escribía á uno de sus amigos que no hallando modelo apropiado para sus creaciones, se solía servir de uno que él mismo se había forjado; sin embargo, la ojeada envidiosa y maligna de sus émulos supo descubrirlo al fin, y si no logró ver á la ramillettera del Trastévere, que mostró al autor del *Pasmo de Sicilia* los primeros misterios de la forma, señaló en cambio á la hermosa y desdichada *fornera* que había de condenarse á perpetua vergüenza dando su alma al hombre y sus encantos al artista.

Nadie ha podido decir qué modelos halló Murillo para sus Concepciones; los que afirman que estas tienen el tipo andaluz se equivocan grandemente.

Y en verdad que si el Pintor del Cielo hubiera querido copiar pura y simplemente á nuestras hermosas, como hizo Rafael en sus Vírgenes romanas, hubiera llevado también al de Urbino gran ventaja. Según los escritores sagrados y principalmente San Epifanio y San Nicéforo, la madre de Jesús era de mediana estatura, trigueña, de cabello castaño, de ojos garzos, ó semejantes en color al fruto maduro de la aceituna, de arqueadas cejas y hermosos labios. Como la esposa del Cantar de los Cantares hubiera podido decir: *soy morena, pero hija de Jerusalem*: nuestras mujeres, como ya expresó Campoamor, plagiando ó parafraseando el sagrado texto, *son dignas de ser morenas y sevillanas*.

Hay sin embargo en las Concepciones de Murillo algo que se aleja de la andaluza y de todas las mujeres del mediodía de Europa. El cabello suelto y tendido por la espalda es propiedad de la castellana del Norte, de las protagonistas de las baladas escocesas, de las hadas de los cuentos dinamarqueses: la española, al modo griego ó hebraico, árabe ó romano, jamás llevó el cabello suelto; siempre arrolló sus hermosas trenzas como Aspasia, Rebeca, ó la favorita de Abderraman III.

El amplio ropaje que cubre, con sus ondulantes pliegues, los Concepciones de Bartolomé Estéban, se parece más al traje de la dama de la Marca alemana, que á la airosa falda corta de las hijas de Andalucía. Últimamente, la mujer andaluza, más que serena majestad, tiene movilidad y gracia.

De estas observaciones resulta que Murillo hubo de buscar algo de lo que el pueblo conservaba de las tradiciones góticas para completar el tipo ideal que se había forjado, pues aunque puede suponerse que la segunda Eva tomara de la primera sus delicadas formas y su suelto cabello, es un tanto discutible el que Murillo lo tuviese en cuenta.

Del mismo modo puede asegurarse que el pintor de la Virgen de la Servilleta no halló las vestiduras de sus Concepciones en las que ocupaban nuestros altares: la mayor parte de estas ostentaban sus túnicas plegadas á la manera bizantina, y había de separarse de tal tradición para dotarlas de esos vaporosos ropajes que tienen tanto de airosos como de sutiles.

II

Pero nos hemos separado de nuestro propósito, llevados del irresistible deseo de investigar cómo se desarrolló en Sevilla la predilección por las imágenes de la Madre del Cristo, y habremos de volver sobre nuestro asunto, que es el de recordar algunas particularidades que se relacionan con este modo de ser del pueblo sevillano.

Durante la Semana Santa, se extrema, como hemos dicho, la emulación religiosa, dando por resultado esas magníficas cofradías que llaman á la tercera capital de España todo un mundo de turistas curiosos.

El que visita, por primera vez, los templos en que se hallan colocadas las imágenes que han de hacer estación al día siguiente, no puede menos de lanzar un grito de admiración al ver reunidas, en corto espacio, tantas riquezas. El oro, el terciopelo, el brocado y las piedras preciosas, cubren, por decirlo así, las esculturas, y brillan á la luz de los cirios á la manera de aquellos tesoros de que nos hablan los cuentos orientales y las Memorias del Papa Silvestre II. Diademas riquísimas, collares y pendientes de un valor inapreciable, aderezos de rubíes, esmeraldas y perlas, relucen acá y acullá como lluvias de luceros. Los

dedos de las Vírgenes desaparecen bajo las sortijas y sus resplandores y nimbos harían la fortuna del más pobre barquero del Guadalquivir.

Esas Reinas del Cielo tienen sus camareras que pertenecen á lo más elevado de la sociedad, las cuales no se dan punto de reposo cuando hay que cubrir aquellas cabezas de brillantes y aquellos senos de perlas.

Las andas ó pasos, son verdaderas montañas movibles, que sustentan el peso de una gloria escultórica y de un sin número de tesoros reales; véanse los del Salvador ó de San Lorenzo, los de San Isidoro ó de San Gil; todos ellos son igualmente ricos y ostentosos.

Ni un solo año deja de estrenarse alguno de esos objetos en los que se derrocha el terciopelo y el oro como si fueran cosa de poca monta y escasa valía. Los mantos suelen estarse bordando años enteros, y, como verdaderas obras de arte, cuestan muchos miles de duros.

Habrà quien diga que tal lujo, tal ostentacion, tan magníficas riquezas, constituyen una falta de sínderesis tratándose de la religion del Crucificado, de las ceremonias de la Iglesia de aquel Cristo que no tuvo en el mundo una sola piedra donde reclinar su cabeza; pero esta objecion dejará de hacerse tan pronto como se vea la religiosidad exagerada, el prolijo cuidado, el órden y compostura que reina en estas Cofradías, verdaderas exhibiciones artístico-religiosas que tienen un sello especial y propio en esta privilegiada region.

Entre una multitud que se apiña en las calles del tránsito, levantando sólo ese ruido especial de la ola humana que pugna por romper el límite, pasan los misterios ó pasos llenos de flores y guarda-brisas y alumbrados por una miriada de luces que arrancan brillantes destellos de las alhajas y objetos de arte que los decoran. Vistos de noche, se asemejan á constelaciones móviles que rastrean por la tierra, rodeando ya á una Dolorosa, ya á un Nazareno, ya á uno de esos grupos de personajes bíblicos que animó el cincel de nuestros grandes escultores. La multitud se alza sobre las puntas de los piés para recorrer, con la vista, ora las angulosas formas de un Cristo de Montañés, ora el rostro lloroso y bello de una Magdalena de la Roldana, ó empapa sus ávidas pupilas en las notables labores de sus túnicas y de sus mantos.

Para acompañarlos dignamente, el cofrade se cubre con capuz de blanca estameña; lleva al pecho bordado escudo; luce fino guante y calza zapato charolado con hebilla. La sevillana, que se asoma al balcón de la carrera ó se confunde en la fila de curiosos, que abre el cuerpo de hermanos bastoneros, contribuye también á dar tono á la solemnidad poniéndose sus mejores galas; y el manton de Manila, á que la hija de San Bernardo ó de Triana es tan aficionada, forma bello y pictórico contraste con el abrigo francés ó el gran sombrero de largas plumas, importado por las estatuarias hermosuras de Alemania.

Imposible sería describir las cofradías sevillanas con la minuciosidad que sus innumerables particularidades demandan. El nazareno, se manifiesta de distintos modos y se presta á numerosos análisis. Si lo consideramos como perteneciente á la buena sociedad, hemos de verle siempre pulcro y coquetuelo, llevando el estandarte ó la vara de plata; dirigiendo de vez en cuando su mirada á las bellas y haciendo que asome bajo la túnica su bien cortado pantalon de paño negro; si le consideramos como hijo del pueblo, podemos verle con el alto capirote sobre la frente, llevando al brazo la rizada cola, que plegó su novia con gran cuidado, sustentando el pesado cirio en la cintura y dejando ver el pañuelo con encajes; grato presente alcanzado, tal vez, en las deliciosas horas de la reja. El primero, no se separará de su puesto mientras dure la procesion y apenas estrechará la mano de un pariente ó de un amigo; el segundo, hará de vez en cuando el juego de los desaparecidos, es decir, confortará su ánimo en la taberna cercana. Uno y otro guardarán, á pesar de todo, gran compostura y llegarán al fin de la carrera satisfechos y orgullosos por haber cumplido su deber.

En las cofradías, como hemos dicho, es donde con más viveza resulta el especial antagonismo que existe entre las distintas hermandades. Basta que un trompetero del Salvador lleve el paño de su trompeta bordado de oro, para que al año siguiente le sobrepujen en riqueza los heraldos de la de San Lorenzo; es suficiente que la hermandad de San Gil luzca en sus *senatus* un águila de plata para que se sobredoren las águilas de los legionarios de Triana; si los hermanos de la de San Isidoro lucen sus palios cubiertos de brocado, no hay duda que los del Mayor Dolor y Traspaso procurarán que los suyos lleven bandas de pedrería y flecos de oro.

Pero los que no consenten que vaya nadie más allá en lo que toca á su abogada y dueña, son los macarenos, que tienen sus *pasos* en la celebrada parroquia de San Gil—á cuyo arcediano enterró vivo el Rey D. Pedro—y veneran en su iglesia á la Virgen, bajo la advocacion de la Esperanza.

La Virgen de la Esperanza—*¡su maresita!* como la llaman en su expresivo lenguaje—es una imagen delicada y graciosa, que sin ser notabilísima escultura, tiene ese atractivo especial cuyo secreto sabe explicar tan sólo, el extático á quien se le apareció en sueños, rodeada de nubes de grana.

Si preguntais á uno de sus devotos por qué la prefiere á otras más bellas, no sabrá qué contestaros y os responderá lo que el novio á quien dijerais por qué quiere á su novia más que á la vecina de enfrente que tiene los ojos más azules y los cabellos más abundosos. La Virgen de la Esperanza se deja atrás á todas las Vírgenes; es un fenómeno psicológico que no se explica el macareno, como

no se explica el utrerano porqué adora á la de Consolacion, pequeña y vulgar escultura que él halla inimitable, como reza el cantar:

¡Mira qué bonita era!
se parecía á la Virgen
de Consolacion de Utrera

Para el macareno, la Virgen de la Esperanza con su manto verde y sus ojos *adormilados*, es el prototipo de la gracia y de la hermosura.

Asombra ver cómo esta hermandad, compuesta de las clases ménos acomodadas y relegada á un barrio extremo, acumula joya sobre joya y objeto sobre objeto, para hacer descollar sobre todas á su imagen favorita.

El manto de la Virgen, que aún no está acabado de bordar, ha costado cerca de treinta mil pesetas y los trajes de las centurias romanas llamadas vulgarmente *armados* son un verdadero derroche.

Conociendo el carácter desprendido y generoso del pueblo andaluz, habiendo asistido á alguna de sus fiestas íntimas y teniendo en cuenta su veneracion tradicional por la mujer, se explica satisfactoriamente esta monomanía especialísima.

Recuerdo que en una de esas fiestas, que se hacen en mayo, cerca de las Cruces vestidas de rosas y de álamo blanco, una hermosa *flamenca* vertió inadvertidamente su caña de vino sobre el altarillo en que se apoyaba el sagrado y fragante madero. Pusieronse ceñudos los asistentes viendo el percance, y el novio de la jóven, que se miraba en sus ojos y era un macareno de gracia, *no se anduvo en chiquitas*, como suele decirse, sino que quitando de los redondos hombros de su amada el rico pañolón de Manila, cuyas flores bordadas eran más vivas y hermosas que las naturales del altar, limpió con él la mancha de manzanilla diciendo á los admirados circunstantes:

—¡Como este paño
tengo yo *pa mi niña*
doscientos cuatro!...

Si esto se hace en Andalucía por una mujer, ¿qué no se hará por la Virgen que es, como si dijéramos, el ideal de la amada que ni se mancilla ni envejece?

Los macarenos tienen para su Virgen oro y terciopelo, flores y piedras preciosas, palios y farolillos de plata. La cofradía sale por la madrugada y se goza en esperar los destellos del alba para que se vayan dando á luz, poco á poco, las preciosidades que atesora.

Cuando el sol ha tendido en el cielo todos sus dorados esplendores, llegan los *pasos* á la histórica puerta de la Macarena, donde los espera el barrio entero con febril impaciencia.

¡Cómo palpitan los corazones al ver el manto verde bordado de oro de la Virgen de la Esperanza y su simbólico estandarte! ¡Qué orgullosos van los legionarios romanos que lucen sus cascos adornados de largas plumas y cuyos capitanes, ó centuriones, llevan encima más preseas que el mismo triunviro que escandalizó á Roma con su ostentacion y sus prodigalidades!

Al ver aquellos nazarenos, aquellas marías, aquellos ángeles, aquellos heraldos y bastoneros, que adelantan triunfalmente, la multitud se mueve, se empuja, aplaude y da vivas á la Virgen de la Esperanza que asoma por el soberbio arco.

El paso en que la Imagen se alza brillante y triunfadora, se vuelve hácia uno y otro lado, y las *saitas*, es decir, los cantos populares sagrados, brotan espontáneamente de los labios de los más fervorosos.

Dice así la musa popular:

Por allí viene la Virgen,
con el sol se ve venir;
¡maresita e mis entrañas
cuántas penas tengo aquí!
Mare mía e la Esperanza
extiende tu hermosa mano
y échale tu bendicion
á este pueblo sevillano.
La Virgen de la Esperanza
es la que sabe mi mal,
que me meto en la capilla
y me harto de llorar.
La Virgen de la Esperanza
no tiene comparacion,
cuando la sacan al campo
al instante sale el sol.

Después de estos ó parecidos desahogos populares, el hermano que guía el paso de la Virgen da tres golpes secos de martillo, las andas avanzan por el dilatado campo del Hospital, suena un nuevo y prolongado ¡viva! y sigue su curso la procesion.

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla, marzo 1884

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuación)

XII

En donde se verá cómo el Santon de los siete cielos, estuvo á punto de dar un barquinazo en la tierra

Entre tanto, en el exterior de la caverna se efectuaban grandes acontecimientos.

Antes de salir del antro, el derviche vistió á Gil el traje que requería el importante papel que debía representar.

Omazor (genio del bien) queriendo premiar las altas virtudes y merecimientos de su Santon predilecto, habia esclavizado en poder de éste, al hijo primogénito de Arimanes (espíritu del mal) y la noticia de este prodigio habia cundido por todas las poblaciones de la ribera del *rio de los Sapos*.

Con efecto, una mañana, vióse al glorioso sacerdote atravesar por los campos, envuelto en su blanco caftan de capucha, acompañado de un sér maravilloso y desconocido. Era este un monstruo inverosímil, que tenia cuatro remos, pero sin manos, ni piés, ni garras, ni pezuñas. Su cuerpo estaba cubierto de escamas, conchas, espinas y otras materias inexplicables. A veces andaba á lo cuadrúpedo, á veces se erguía y se apoyaba en un largo palo que era el retoño de una palmera enana, á veces se hacia un ovillo y rodaba por el suelo, á veces asomaba la cabeza por entre sus dos sustentáculos más prolongados, á veces abria estos en sentido inverso extendiéndolos de plano sobre la tierra y reposaba la cabeza sobre uno ú otro.

Se asemejaba á un odre hinchado, á un pulpo después de muerto.

Los primeros campesinos que se encontraron con el derviche y su extraño acompañante, se pusieron á recaudo, y sólo cuando notaron que aquel llevaba sujeto al monstruo por medio de un largo y grueso cordel atado á la cintura, se atrevieron á observarle desde lejos. Percibieron vagamente sus ojos grandes, inmóviles y vidriosos, sus orejas que parecían las alas cartilaginosas de un murciélago y sus formas que no tenían ninguna.

El temeroso asombro de los espectadores lejanos llegaba á su colmo, cuando oían una voz, ó más bien un grito salvaje, que saliendo casi á la vez de los cuatro puntos cardinales, repetía:

—¡Santon! ¡Santon! ¡Santon!

Indudablemente se confirmaba el rumor; aquel monstruo era *Masrú*, hijo de Arimanes y de la Sapo Felestra; el Santon le habia encadenado. ¡Qué gloria para el Santon!

¿Y el Sultan, el ciego Sultan de Joló desconocia la autoridad de aquel predestinado domador de espíritus malignos?

¿Y le trataba con desvío, y le hacia vigilar?

¡Cuánto embrutece y ensoberbece el poder á los príncipes!

La noticia circuló rápidamente por las aldeas y bohíos. Todos deseaban y temían ver al divino derviche y al monstruo cautivo. El sagaz sacerdote no queria aproximarse á las poblaciones por no asustar á sus habitantes, pero pasaba á alguna distancia de ellas, con objeto de exhibirse.

A veces, en sitios, quizá convenientes, ataba á Masrú (a) Gil, al tronco de un árbol, y separándose algun espacio, se postraba en tierra como para hacer oracion. Entónces se le acercaba algun otro derviche de segundo órden, ó bien un campesino ó quizá una mujer. Cambiaban entre sí frases misteriosas, y luego el Santon, volviendo á tomar el ramal del monstruo, continuaba su extraña excursion.

Desde el día anterior se observaba en el país una cosa rara é inexplicable y más movimiento que de costumbre. Cruzaban por los montes y vericuetos grupos que no eran de cazadores, ni de gentes dedicadas á las faenas agrícolas. En la noche que habia pasado notáronse hogueras que parecían señales, y en resolucioon flotaba en la atmósfera ese *no sé qué*, á que alude Shakespeare, cuando dice:

—Hay algo podrido en el Estado.

Al llegar la mitad del día, el Santon era seguido por una compacta multitud de personas, aunque no tan de cerca como Pedro el Ermitaño cuando predicó la primera cruzada.

Masrú imponía á las turbas, que admiraban á cierta distancia sus portentosas contorsiones.

El derviche parecia abstraído. Andaba lentamente, sin mirar á nada ni á nadie.

Próximamente á las dos de la tarde, hizo una de sus paradas, ató á un árbol al hijo de Arimanes, que estaba pensando en lo que harían Sebastian y Petrita en el subterráneo, y se desvió un trecho, acercándose á un manantial bordeado de cañaverales.

De entre estos salió un hombre con aspecto de pastor, que se arrodilló delante del Santon como demandándole sus bendiciones.

El derviche extendió sus manos sobre su cabeza y sin mirarle, le dijo:

—¿Está todo pronto?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Mil de Mindanao, ochocientos de Boslan, doscientos entre ribereños y costeros y catorce presidiarios tagalos y españoles, fugados.

—¿Total, dos mil catorce?

—Así es.

—¿El príncipe, está pronto?

—Lo está.

—¿Cuándo desembarcará?

—Cuando le avisemos.

—¿Armas?

—Suficientes. Tres depósitos.

—¿Municiones?

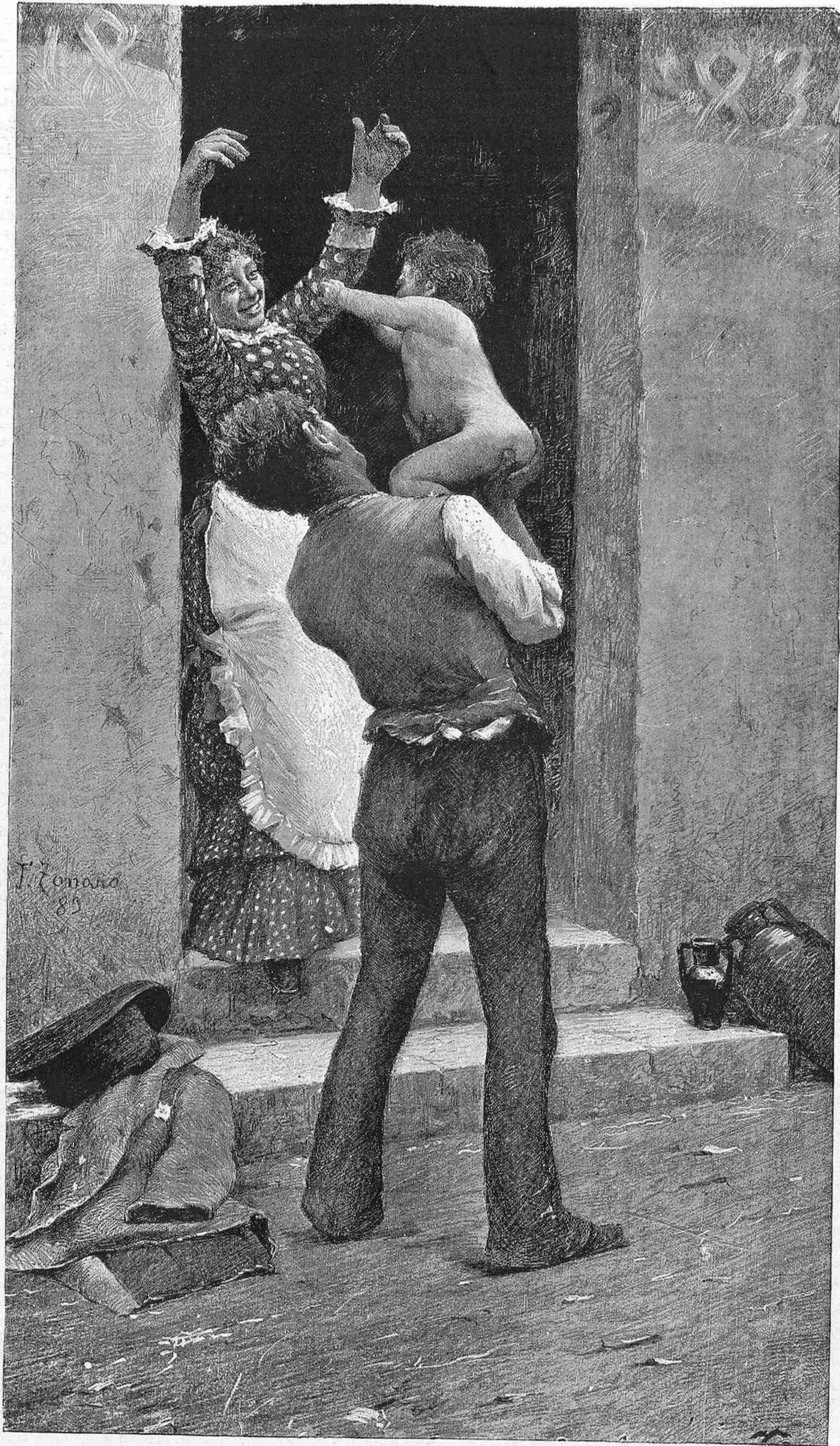
—Dos. Uno en la ensenada de Zuguallan, otro en la caverna del rio.

—Está bien. Separémonos porque nos observan. Al anochecer entraré en el bosque de los Castaños, por la parte del Sur; espérame allí, y allí te daré mis últimas instrucciones.

El derviche prosiguió su caminata.



LA CANCION DEL DIA, cuadro por Fausto Zonaro



EL PRIMER FRUTO DE BENDICION, cuadro por Fausto Zonaro

A la caída de la tarde, Masrú ó séase Gil, enroscándose graciosamente á la cintura de aquel, le dijo:

—Oiga V., señor cura, esto va siendo pesado, estoy cansado y me ahogo de calor.

—Tener paciencia, amigo,—contestó el Santon en un español nada académico.—Al anochecer, libre. Faltar poco.

—¿Y nos cumplirá V. su promesa?

—Siempre yo cumplir.

—¿Nos pondrá en tierra de España?

—Ole que sí.

Indudablemente, el milagrero se había rozado con algun andaluz.

—Y diga V.—repuso Gil, que tenia ganas de hablar.—

¿Podremos contar con algun recurso de dinero?

—Ser muy pedigüeño, pero yo ser generoso.

Una idea súbita hizo que Gil se apartase del tema primitivo y preguntara al Santon:

—Y diga V., ¿qué supone que harán mis compañeros solos en aquella cueva?

—¡Quién sabe! Harán... cachipuches.

Esta palabra inesperada en boca del derviche sonó mal al pobre Gil.

La tarde descendía rápidamente y el sol declinaba. El sacerdote habia conseguido su objeto y Gil representado su papel á las mil maravillas, y eso que llevaba una espina y una escama clavadas en el corazón. La multitud no cesaba de seguirles; tal vez, como último milagro, esperaba presenciar la ascension del Santon de los siete cielos, si quiera al primero de los idem.

Poco á poco el domador y el espíritu esclavo fueron aproximando al bosque de los Castaños.

Ya bien entrado el crepúsculo nocturno, se hallaban á corta distancia de él.

El derviche se detuvo.

—Por despedida,—dijo á Gil,—es preciso hacer algo sorprendente, para dejar un buen recuerdo á esos que nos están mirando.

El complaciente jóven reflexionó un momento. Buscaba una idea nueva, una bomba final. Hallóla por fin, pero cuando se apercibía á ponerla en práctica, haciendo flexiones para estar ágil, sucedió una cosa tremenda é inesperada.

Seis negros colosales, montados en otros tantos caballos, salieron del cercano bosque y se dirigieron al galope hácia donde estaban nuestros personajes.

Al verlos aproximarse, el Santon se puso lívido y dejó caer la cuerda con la que llevaba atado á Gil (á) Masrú.

Este comprendió que aquellos sicarios no traian buenas intenciones y puso piés en polvorosa, corriendo desafortunadamente con direccion hácia el bosque. La turba de espectadores, viendo libre al monstruo, se desbandó espantada, porque además los curiosos rezagados trajeron noticias sorprendentes é inquietantes: el Sultan, el propio Sultan de Joló habia llegado al territorio ribereño. Se hablaba de una conspiracion descubierta, de prisiones hechas, de castigos acordados.

El país, en aquellos momentos, se asemejaba á España ó á las Repúblicas del Sur de América en ciertas épocas.

Todo el mundo se encerró en sus chiribitiles, temerosos de la terrible cólera del Sultan, cuyo carácter conocian.

Entre tanto, los jinetes negros habian rodeado al derviche y poniéndole las lanzas al pecho le intimaron que se diese preso de órden del soberano de Joló.

XIII

Prólogo de un auto de fe

Desde entónces los acontecimientos se sucedieron con gran rapidez.

Durante la noche se dijo que en las primeras horas de la mañana siguiente serian quemados vivos los principales factores de la conspiracion abortada, que tenia por objeto, nada ménos que el destronamiento del Sultan y la proclamacion de su hijo Ali-Kark.

La ejecucion de la terrible sentencia debia verificarse en la explanada del monte, llamada así porque estaba cerca de éste.

A nadie extrañó tal apresuramiento. Joló está en perpetuo estado de sitio; sin consejo de guerra se condena á las gentes, por el mismo motivo por el que es valiente la española infantería: porque sí.

Además se conocia el genio apremiante del Sultan.

Las idas y venidas de los agentes de éste y los preparativos que algunos curiosos trasnochadores observaron, confirmaban estas noticias.

Desde que rompió el alba, grupos de gente, escamados, pero ávidos de espectáculos, fueron acercándose recelosamente á la susodicha explanada. Con efecto, muchos hombres se ocupaban en llevar grandes carretones cargados de leña.

Luégo la fueron colocando hasta formar un gran montón ó pira.

Después llegaron soldados á pié y á caballo y se formaron en tres masas en órden de batalla.

Entre tanto el gentío se hacia más numeroso; las colinas y ribazos vecinos estaban llenos de espectadores.

Algunos quisieron subir al monte próximo que constituia un buen punto de observacion, pero le hallaron ocupado militarmente.

Se sabia vagamente el nombre y calidad de los ajusticiados; eran el Santon de los siete cielos, otros tres derviches, dos hechiceras, no por su hermosura, sino de profesión, y alguno que otro perteneciente al estado civil.

Conforme trascurrian los momentos, crecia la multitud y se aumentaba la ansiedad general.

Los devotos esperaban un milagro y un castigo sobrenatural. No era posible que Omazor dejara tostarse á su Santon favorito; quizá le arrebatara al cielo; tal vez mandaria en su socorro á Masrú, el hijo maravilloso de Arimanes.

¿No le habian visto el dia anterior encadenado bajo el poder del derviche?

De todos modos, si las altas potestades permitian que se consumara tal iniquidad, el espectáculo debia ser portentoso y muy semejante al del Purgatorio imaginado por el poeta persa Ferdousi.

¡Qué convulsiones! ¡qué gritos de los condenados á la hoguera!

Algunos de los espectadores llevaban armas ocultas bajo los largos caftanes, mas ¿para qué? ¿Era posible intentar nada en favor de los ajusticiados?

Tres cuartos de hora después de la salida del sol, un movimiento de curiosidad agitó á la multitud: víose á lo lejos una nube de polvo y á poco rato se presentó el Sultan de Joló en persona, seguido de un numeroso escuadron.

No cabia duda, la cosa iba á ser solemne y se habia procurado que pareciese ejemplar.

El soberano, que era un hombre alto y enjuto, con cara de saltador de caminos, dejó el caballo y subió á la meseta que, como ya se ha dicho, habia en la cumbre del monte.

Desde entónces cuatro pregoneros, situados á los cuatro lados de la explanada, gritaban de vez en cuando:

—¡Va á cumplirse la justicia del poderoso Sultan de Joló, señor de los hombres, hijo del sol y del mar!

Un rato después llegó otro escuadron, en medio del que venian los condenados.

Eran doce y los traian en tres carretas.

Desde aquel instante la emocion y el interés fueron indescriptibles. Los espectadores, mal situados, se empinaban ó empujaban á los de delante, las cabezas se movian, y se oyó por todas partes un sordo murmullo.

Las carretas fueron llegando una por una junto á la pira que ya empezaba á arder. Los cuatro primeros que se apearon eran tres hombres seglares y una mujer; los primeros estaban abatidos, la mujer, por el contrario, mostraba gran ánimo y miraba resueltamente hácia todas partes. Al ver al Sultan, hizo una horrible mueca de hechicera vieja, y escupió.

Aquello era inaudito, fenomenal; la multitud se estremeció.

Segun muestras, todos los reos debian ser arrojados al brasero á un mismo tiempo; pues llegó la segunda carreta y luégo la tercera, en la que, segun parece, venia la flor y nata de los conspiradores, que eran el Santon de los siete cielos y los derviches.

Todos se apearon. Los sicarios atizaron la hoguera y la enriquecieron con algunos troncos más.

Al ver al Santon, la multitud no pudo reprimir un grito.

El predilecto de Omazor, el domador de Masrú, el jefe del *Diaot*, se presentó con toda la dignidad que su papel requería. Estaba pálido pero sereno.

Colocaron á los doce condenados en fila, al lado de la hoguera, y detrás de cada uno de ellos se colocó un sayon que debia empujarles, dado el caso probable de que alguno no quisiera abrasarse voluntariamente.

Sólo se esperaba un signo del Sultan, que presidía.

De pronto el Santon prorumpió en estas palabras:

—¡Joló, Joló, Joló: serás libre de tu tirano!

(Continuará)

ARQUEOLOGIA HISPANO-MAHOMETANA

PILA DE ABLUCIONES, EXISTENTE EN SAN FELIPE DE JATIVA

Récoridas con loable diligencia, si bien agrupadas no con el mayor acierto, guárdanse á la intemperie en el patio que sirve de ingreso á la *Casa Consistorial* de la antigua *Setabis*, muy estimables reliquias de los pasados tiempos, romanas casi en su totalidad y consistentes en pedestales, cijos, estatuas, algunas de ellas fragmentarias, inscripciones y otros objetos de índole semejante, de los cuales en su mayor parte dieron ya cumplida noticia los escritores que se han ocupado en estudiar los monumentos setabienses.

Adosado sin embargo al muro, bajo el hueco de la escalera que da acceso al piso principal del edificio mencionado, figura por acaso entre aquellas memorias de la antigüedad pagana, un monumento digno del más detenido estudio, el cual se halla labrado en una sola pieza de mármol rojizo, vetado de blanco, y se ofrece en tal paraje como oscurecido y avergonzado de sí propio.

De forma rectangular, consta de cuatro frentes, dos de ellos ocultos por completo en la desdichada colocacion que á este monumento se ha dado, mostrándose exornados por algunos muy expresivos bajo-relieves los que quedan al descubierto, mientras que vaciado el interior, constituye cierta especie de caja, circunstancia que ha dado origen á graves disquisiciones entre los eruditos, quienes no han vacilado hasta aquí en reputar como *sepulcro antiguo* al objeto á que aludimos, aunque sin determinar el arte de que fué fruto, ni decidirse á fijar la época á que correspondiese.

En la *Memoria* que con el título de *Inscripciones y antigüedades del reino de Valencia* recogió y ordenó el Príncipe Pío, é ilustrada por el docto don Antonio Delgado, insertó la Real Academia de la Historia en el

tomo VIII de las suyas, encuéntrase la somera noticia de la existencia de este monumento, limitándose á explicar con estas frases el autor el desdichadísimo grabado que del indicado objeto se publica con el número 298, en la lámina 52:

«Sepulcro ó caja de mármol precioso con los medios relieves que van dibujados en este número y de las dimensiones que aparecen de la escala. Servia de pila para las caballerías; pero el... gobernador D. Gaspar Pascual de Bonanza, conociendo su mérito, lo hizo trasladar á la casa capitular á fin de que allí se conservase. Representa el dibujo los dos frentes y ambos costados» (1).

Más explícito que el Príncipe Pío y más interesado que éste en reconocer la filiacion de aquella reliquia,—después de hacer relacion de una pila de agua bendita que se conserva en la iglesia de San Félix de Játiva y que Villanueva estima como anterior á la época de los godos,—el diligente Boix, cronista que fué de Valencia, escribe á este propósito:

«Es difícil señalar la precisa antigüedad de este rico trozo de escultura; pero es posible que sea contemporáneo de un *sepulcro de jaspe* que se conserva tambien. Hasta 1788 sirvió éste de pila á una fuente junto á la puerta llamada de *Concentayna*. Mas construida otra en su lugar con veinticinco caños abundantísimos, el diputado del Común D. Antonio Mateo Pueyo, cuidó de que se guardara este precioso monumento, depositándole en las Casas Consistoriales, bajo cuya escalera subsiste todavia. El célebre Perez Bayér, que sólo vió un lado cuando estaba en su antiguo sitio, juzgó que habia sido sepulcro de cristianos; y por el genio del bajo-relieve conjeturó que era del siglo IV ó principios del V, esto es, de los tiempos de Arcadio y Honorio, ó de Valente.

»No es difícil—prosigue Boix—explicar sin embargo las alusiones de todas sus figuras. Mas el P. Villanueva no siguió la opinion del erudito Sr. Bayér, admitiendo este monumento como resto de aquella época cristiana. Falta el lábaro, que no dejó de ponerse jamás desde los tiempos de Constantino, si es que no estuviera en la cubierta de este sarcófago, que se perdió; y la lucha de los gladiadores y luchas de fieras eran además incompatibles con la religion cristiana. Y no es bastante para asegurar un origen cristiano la figura del centro, aunque parezca representar la caridad, y las de la mano derecha signifiquen el buen pastor que pone sobre sus hombros la oveja perdida. El sabio Pablo Aringho en su *Roma subterránea* no encontró jamás la caridad bajo este símbolo; y la del buen pastor, que es harto comun en ellos, siempre está acompañada de otras señales del cristianismo. ¿No será posible que la figura del centro, segun la opinion del P. Villanueva, exprese el amor maternal con respecto á la madre, ó al hijo, ó á los dos enterrados allí, y que las otras puedan indicar los donarios y ofrendas hechas á los dioses manes?

»Podia ser muy bien—concluye—un sepulcro cristiano, aunque los relieves sean de inspiracion gentilica. Pablo Aringho, Mabillon y Rafael Fabretto citan fragmentos de esta clase, hallados en el cementerio de Ponciano. El papa Inocencio II se enterró en el suntuoso sepulcro del emperador Adriano» (2).

Echase de ver desde luégo, por las palabras de Boix, que si bien el Príncipe Pío, Perez Bayér y el P. Villanueva estaban conformes en reputar *sarcófago* el monumento setabiense trasladado en 1788 al lugar donde hoy se ostenta, unos lo referian á los tiempos del paganismo y otros ó consideraban romano-cristiano, aunque con reminiscencias gentilicas, opinion que al parecer sigue sin recelo el cronista de Valencia, interpretando cada cual á su arbitrio los bajo-relieves que decoran los cuatro frentes del supuesto sepulcro.

Ni á unos ni á otros de los citados eruditos hubo de ocurrírseles sin embargo el detenerse ante la especial configuracion del objeto que estudiaban, pues si hubieran fijado su atencion en ella, no habrian hallado motivo para sus disquisiciones. Y con efecto: para comprender que el monumento á que aludimos no podia ser en modo alguno ni *sarcófago* ni *caja sepulcral*, bastaba con reflexionar que su longitud máxima no excede de 1",25, aproximadamente (7 palmos valencianos), mientras que su latitud, tambien aproximadamente, apenas llega á los 0",28 (3 palmos valencianos escasos) y su profundidad á 0",18 (poco más de un palmo). ¿Existe ó se ha descubierto sepulcro de la época gentilica y de la época cristiana con estas condiciones? La respuesta no es dudosa, á nuestro juicio, para aquellos que conozcan los más sencillos rudimentos de la arqueología.

Pero, aun suponiendo que en tales condiciones hubiera podido ser labrado este resto de la antigüedad para sepulcro, ¿podia asegurarse, cual unos y otros lo hacen, que aquellos bajo-relieves que lo ilustran eran simbólicos en el paganismo ó en el cristianismo? El acento de los indicados exornos, el tecnicismo que su ejecucion revela, el tono que en ellos resplandece, y en una palabra, todos y cada uno de los caracteres que presentan, ni autorizan ni excusan, á lo que nos es dado entender, semejantes hipótesis, hechas en agravio de la historia de las artes en España.

Si la forma del monumento no consiente en manera alguna que sea considerado como *sarcófago* ó *caja sepulcral* romano, ya durante los dias del paganismo, ya cuando en virtud de la paz de Constantino triunfó la idea cris-

(1) Página 43 de la indicada *Memoria*.

(2) *Xátiva, memorias, recuerdos y tradiciones de esta antigua ciudad*, págs. 27 y 28.

tiana; si no guarda relacion de ninguna especie en sus exornos con los que se advierten en otros monumentos sepulcrales de aquellas épocas; si tampoco existen analogías entre los sepulcros cristianos de la Edad media, ni en forma ó configuracion general ni en las representaciones, y esta reliquia setabiense; si el tono, si el acento, si el carácter de sus bajo-relieves se aparta sensiblemente de cuanto se hizo durante la dominacion romana y los tiempos posteriores, ¿cuál puede ser la legítima filiacion de este extraño y controvertido monumento, cuya importancia no puede ser por nadie puesta en duda?

Léjos de mostrarse, cual repetidamente se asegura, como *sarcófago* ó *caja sepulcral*, ya cristiano, segun los unos quieren, ya romano, conforme los otros pretenden, el objeto á que venimos refiriéndonos es sencillamente y cual todo en él persuade, una *pila de abluciones* labrada durante los dias de la dominacion musulmática, circunstancia que, mientras hace subir de punto el mérito de que el citado monumento se halla revestido en el concepto artístico y arqueológico, por ser superior en ambos á la celebrada *pila* descubierta en los adarves de la fortaleza de la Alhambra de Granada y conservada actualmente en el *Palacio* de los Al-Ahmares y á la hallada no ha mucho tiempo en Sevilla (1), nos obliga á deplorar la total desaparicion de los monumentos arquitectónicos, erigidos en Játiva en los tiempos mahometanos y de los cuales quedan como único testimonio los restos enclavados y deformes de la *Casa de los Condes de Pino-hermoso* (2)

Rectangular como las *pilas* de Granada y de Sevilla, de altura semejante á la de las de Córdoba y Santander, ofrécese con efecto exornada la de Játiva en sus cuatro frentes por una faja de relieves, cuyo carácter y cuyo acento no consentian en realidad fueran reputados ni gentílicos ni cristianos, produciendo en los eruditos la confusion de que dan idea las frases copiadas arriba. Ocupan el frente principal, hoy al descubierto, tres medallones circulares, uno en el centro y los otros dos á los extremos de la faja referida, desarrollándose en los intermedios una historia, no del todo fácil de interpretar al presente, la cual continúa en el otro frente, donde se halla repartida de igual manera; esto es: ocupando los intermedios de los medallones circulares que en la disposicion indicada se abren en el centro y en los extremos de la faja y manifestándose por último en los costados diversas representaciones de animales, en la forma que procuraremos notar para su más clara inteligencia.

Llenan el vano del medallon de la izquierda, en el frente principal, la figura de dos pavones graciosamente enlazados por los enhiestos cuellos; y mientras ofrecen afrontadas las cabezas, levantan las peregrinas colas, característicamente labradas como lo están ambos animales,—cuyos penachos se distinguen perfectamente,—guardando muy estrechas analogías en el diseño y la disposicion general, no sólo respecto de los dos pavones que traidos de Persia por nuestro malogrado amigo el Sr. D. Adolfo Rivadeneyra, se ostentan hoy en el *Salon etnográfico* del *Museo Arqueológico Nacional*, sino tambien con relacion al magnífico trozo de tísul conservado en el tesoro de Saint-Sernin en Tolosa (Francia), en el cual se muestran asimismo dos pavones afrontados, y por bajo, dentro de una cartela, escrita en caracteres cúficos, la vulgar leyenda:

La bendicion perfecta (sea para mi dueño) (3).

(1) Los lectores que lo desearan, pueden servirse consultar respecto de esta interesantísima *pila*, el artículo que publicamos el 30 de abril del pasado año en la hoja literaria de *El Día* con el título de *Pila de abluciones del alcázar de Medinat-As-Zahira en Córdoba, recientemente descubierta en Sevilla*, así como la trascripcion del epigrafe que ostenta, la cual insertamos por medio de nota en la pág. 149 de nuestra *Memoria acerca de algunas inscripciones arábicas de España y Portugal*, dada á la estampa por el Museo Arqueológico Nacional en el citado año de 1883.

(2) El estudio de estos importantes restos dimoslo á conocer primero en la *Revista Ilustrada* y despues en la *Memoria* referida, pág. 108 y 213 y siguientes.

(3) El ilustre M. Caumont estima, no sin legítimo fundamento, que esta tela debe haber sido labrada en Oriente, añadiendo: «Le savant conservateur du musée du Louvre, M. A. de Longpérier auquel j'ai montré mon dessin, pense que cette belle étoffe peut remonter au premier quart du XII siècle» (*Abécdaire d'Archeologie*, tomo relativo á la *Architecture religieuse*, pág. 364).



LORELEI, estatua por Roberto Caner

Maltratado y roto por el borde el medallon del centro, consiente sin embargo distinguir en él la imagen de una mujer completamente desnuda, sentada sobre el suelo y en actitud de dar el pecho á una criatura, destacándose en el medallon de la derecha la figura de un leon en disposicion de devorar otro animal, que parece ser un ciervo, siendo aquí de reparar que el dibujo, la ejecucion, el tono, la actitud y el acento de ambos animales es el mismo que tuvimos ocasion de notar en el estudio que pretendimos ántes de ahora de la magnífica *pila* descubierta en los adarves de la fortaleza de la Alhambra y cuya reproduccion en yeso, hecha por nuestro buen amigo el entendido restaurador de aquel monumento, Sr. D. Rafael Contreras, figura hoy en el *Museo Arqueológico Nacional*, donde se ostenta (4).

Nada hay en efecto de mayor analogía, ni que mayores puntos de semejanza brinde para establecer, de acuerdo con lo que enseña la *pila* hallada en Sevilla, el legítimo parentesco que bajo esta relacion existe entre esta *pila* descubierta en Játiva y las de Granada y de Sevilla ya mencionadas; pero si aún esto no fuere bastante, todavía vienen á corroborar nuestro aserto los restantes relieves que son sobrado interesantes y afirman el hecho de que no fué para los musulmanes españoles desconocida en modo alguno como peregrina, segun por lo comun se ha creído y se sigue con error creyendo, la representacion de la naturaleza viva, sino que ántes por el contrario, la pintura y la escultura fueron cultivadas por los sectarios del Islam en Al-Andálus, como lo fueron en el Oriente, cual es público y notorio entre los entendidos.

Sin que sea dable fijar con entera exactitud el verdadero asunto representado en esta *pila*, véñese á la derecha

(4) Dicho estudio aparece inserto en el tomo VIII del *Museo Español de Antigüedades* (pág. 291 á 317), bajo el título de *Pila arábica descubierta en los adarves de la fortaleza de la Alhambra*.

del medallon central, ya descrito, dos jinetes armados de todas armas y ambos afrontados que esgrimiendo largas lanzas tienen entre sí, á lo que parece, trabado sério combate y cuyas figuras resaltan sobre un fondo de picadas hojas y flores, distintas en su desarrollo de cuantas se ostentan en los monumentos mahometanos labrados hasta el siglo XII inclusive, é iguales ó semejantes por lo ménos á las que enriquecen la portada ó pretendido *Mihrab* de la Casa de los Condes de Pino-hermoso en la misma Játiva.

Perdida la rigidez característica de los monumentos esculturales, hasta ahora reconocidos como fruto de los musulmanes españoles, las figuras de ambos guerreros se hallan bien movidas, recordando las representaciones de igual naturaleza que se ostentan en algunos de los estimables capiteles procedentes de Aguilar de Campóo, que en el *Museo Arqueológico Nacional* se conservan y las de otros muchos miembros románicos de la misma época. Coronadas por turbantes, algunas de ellas vestidas acaso de almalafas y aljubas, y otras llevando sólo *zaraguíelles*, míranse á la izquierda del medallon central hasta cinco figuras varoniles, tres de las cuales conducen sobre los hombros sendos corderillos, mientras otra arrastra el suyo por el cuello con ambas manos, y la quinta, finalmente, lleva pendientes de la siniestra mano dos aves y en la derecha un objeto que acaso pueda ser un pan ó cosa semejante.

No faltará quizás quien halle en esta parte del relieve de la presente *pila*, motivos para creer que en tales representaciones se alude á la Adoracion de los pastores; pero hay que tener en cuenta para mucho las costumbres islámicas y entre ellas la fiesta del *Fitr* ó *Alfitra*, con que termina la pascua de Ramadhán, y en la cual se sacrifican corderillos, no teniendo nada de extraño por consiguiendo, que haga el relieve referencia á la mencionada fiesta, como más de acuerdo con el traje de las figuras, el acento con que se ofrecen y lo especial de las siguientes representaciones.

Adosada al muro en el hueco de la escalera en la *Casa Consistorial* de Játiva, cual queda dicho, no puede en la actualidad gozarse por completo de esta *pila*; pero gracias al exacto diseño publicado por el Sr. D. Vicente Boix en su obra acerca de aquella histórica poblacion, es por fortuna realizable el intento de dar á conocer los relieves que enriquecen y avaloran el peregrino objeto, cuyo estudio y descripcion pretendemos.

Repartidos en igual disposicion que en el frente hoy visible, muéstranse en el que oculta el muro otros tres medallones circulares, roto por desventura el de la izquierda é íntegros á dicha los otros dos, destacándose en aquél y sentada á la usanza oriental una figura vestida, tañendo cierto instrumento que semeja un laud ó una guitarra; llenan el central dos imágenes, ambas varoniles, cubiertas de tocas y amplio ropaje, y de las cuales, barbada la una—que figura en segundo término,—vierte con la mano derecha el líquido de un jarro sobre una taza que muestra en la izquierda, hallándose la otra en disposicion de recibir la taza y empuñando con la derecha un saquillo ó tal vez una botella de pequeñas dimensiones; otras dos figuras varoniles se hallan en el medallon último de la derecha, ambas en pié y en actitud difícil de interpretar, pero cuyo traje, que nada tiene ni de gentílico ni de cristiano, no es distinto del de las demás figuras ya mencionadas.

Coronadas de altos bonetes, vestidas de aljubas y alguna de ellas ostentando un manto ó jaique, dos en actitud de acometer á una tercera, ó acaso de danzar, tañendo la cuarta, inmediata al medallon central, una especie de tambor ó *bondir* y sentada la quinta, ya próxima al medallon de la derecha, y tañendo á su vez un instrumento de viento que parece una bocina,—ocupan el espacio que de uno á otro medallon media, cinco figuras bien conservadas y expresivas, mientras que repartidas tres á tres á cada lado de un árbol cargado de fruto, se miran en el espacio comprendido entre el medallon de la izquierda y el central mencionado, otras seis figuras en diversas actitudes: con la mano derecha empuña un jarro la figura del extremo izquierdo y lleva con la siniestra otro utensilio, en tanto que la que le sigue, en pié como la anterior, coge y come del fruto del árbol, así cual la tercera que, echada en el suelo, parece descansar á la sombra del mismo árbol; sentadas tambien en el suelo la cuarta y la sexta, le-

vántase entre ellas la quinta figura, cuya cabeza ha desaparecido por rotura, descubriéndose la caja de un laúd ó guitarra cuyas cuerdas tañía con la mano derecha; llevan las tres figuras que se hallan tendidas ó sentadas en el suelo, cubiertas por turbantes y tocas la cabeza, cosa que no acontece con las dos primeras cuyas abundosas melanas caen sobre los hombros, y todas ellas se muestran vestidas de amplios ropajes, á excepcion de la primera ó sea la del extremo izquierdo, que ostenta desnudo el medio cuerpo sobre el cual se cruzan dos bandas.

En uno de los costados de la *pila* resalta el diseño de dos animales, uno de ellos que convencionalmente semeja ser leon, disponiéndose á devorar al otro sobre el cual se lanza; y separados por una piña que surge de una hoja-rizada como lo están las vestiduras de los personajes representados,—álzase en pié, afrontados, dos *gerbos* ó animales de igual índole, viéndose en el otro costado otros dos relieves, en cada uno de los cuales se reproduce exactamente el mismo asunto, aunque en sentido contrario dispuesto, que representa un águila con las alas abiertas, sujetando con las potentes garras un animalejo y devorándolo sañuda con el pico.

Cual de la precedente descripción se deduce, no es, á lo que se nos alcanza, grandemente difícil de comprender que ninguna de las escenas esculpidas en este singular monumento autoriza la creencia de que hubo de ser labrado, como hasta aquí se ha creído, para servir de *sepulcro*, supuesto contradicho desde luego por la especial configuración que afecta el mismo objeto, según procuramos notar arriba; aludiéndose por el contrario en los relieves que ilustran la *pila* á una fiesta, que puede ser sin grave error la de *Alfitra*, tan celebrada entre los musulmanes, y con la cual da término el ayuno impuesto por la venerada pascua de Ramadhán,—consagrada á la oración y á la cuaremas, en memoria de haber descendido de los cielos el Korán en el indicado mes (1);—siendo todos los elementos que en la composición de los mencionados relieves entran, alusivos á las costumbres musulmanas, como es musulmán el acento y lo son los detalles y accesorios, fuerza habrá de ser que reconozcamos que la *pila* descubierta y conservada en Játiva es el monumento de escultura musulmista más importante de cuantos en España existen y de cuantos hasta la fecha son conocidos entre los ilustrados en trabajos y publicaciones extranjeros, como

(1) Korán, sura II, aleya 181



EL CONDE T. DU MONCEL, notable electricista

creemos que su labra no puede llevarse más allá de los últimos años del siglo XII, ni traerse más acá de los primeros del XIII.

La existencia de las hojas rizadas que, naciendo en las regiones orientales, se extienden luego por Africa, dominando en el Egipto y pasando á ser patrimonio de los artífices en las extensas comarcas del Mogreb, fué importado luego á España por los almohades; las estrechas analogías que son de observar y hemos apuntado entre esta decoración, tal cual se ofrece en la *pila* setabiense y se muestra en el supuesto *Mihrab* de la Casa de los Condes de Pino-hermoso en la misma Játiva, decoración que se aparta en su acento y expresión de la que quedando como patrimonio de los mudejares debía producir las maravillas que de este estilo, propiamente español, son conocidas, y en manos de los artífices andaluces y principalmente granadinos, había de transformarse al punto que

revela el famosísimo alcázar de los Al-Ahmares; el simbolismo que entrañan aquellas representaciones de la eterna lucha del bien y del mal, que tomando origen en las creencias pérsicas, vive en España durante los días del Califato cordobés, según revela la *pila* labrada de orden de Al-Manzor el año 377 de la H. (987 J. C.) para el alcázar de Az-Zahira, *pila* descubierta en la calle de Lista de Sevilla, y que salvando los tiempos se reproduce por igual sentido en la *pila* conservada en el palacio de la Alhambra de Granada, obra del año 704 de la H. (1304 de J. C.); la expresión de aquellas figuras que se advierten en los bajo-relieves esculptados en los intermedios de los medallones, expresión que trae desde un principio á la memoria, según quedó arriba insinuado, la de las esculturas de la época románica, por la que hubieron de ser influidas sin duda alguna las musulmanas,—circunstancias son todas que autorizan á sospechar desde luego que la importantísima *pila* de Játiva no puede ser atribuida á época distinta de la prefijada, pues no lo consienten en modo alguno los elementos artísticos que en ella resplandecen.

Lástima es en verdad, que la presente *pila*, apartándose en esto de cuantas conocemos, no conserve rastro alguno epigráfico que consienta determinar con toda exactitud su fecha; pues en tanto que las *pileas* sevillana y granadina ostentan ambas la data fijada, y la *pila* de la Catedral de Santander así como la que se custodia en el Museo Provincial de Córdoba (2) permiten por el dibujo de los signos marcar la fecha probable de su labra, la *pila* de Játiva no guarda, á lo que nos fué dado reconocer, rastro alguno epigráfico por el cual adquieran mayor autoridad nuestros verosímiles supuestos.

De cualquier modo que sea, lo importante es dejar demostrado, cual pretendemos haberlo conseguido, que lejos de ser este monumento *sarcófago* ó *caja sepulcral*, es meramente una *pila de abluciones*, y que en vez de hallarse inspirados sus relieves ya en el arte pagano, ya en el cristiano, lo están en el arte mahometano, reivindicando para él esta verdadera joya artística que honra por todo extremo á los musulmanes de la región y antiguo reino de Valencia.

RODRIGO AMADOR DE LOS RIOS

(2) Véase cuanto respecto de la *pila* cordobesa manifestamos en nuestras *Inscripciones árabes de Córdoba*, pág. 379 y siguientes, y por lo que hace á la de Santander el estudio que de su epigrafe hicimos en la pág. 240 de la *Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal*, arriba citada.



LOS TRAMOSOS, cuadro por Pablo Meyerheim

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON